

Reseña

Manuel Alcántara Sáez: El oficio de político.

Madrid, Editorial Tecnos, 2012. 338 págs. ISBN 978-84309-5488-9.

Mariana Gené

CONICET/IDAES-IIGG

mariana.gene@yahoo.com.ar

El ambicioso trabajo de Manuel Alcántara constituye una referencia para quienes se interesan por las características de la profesión política en general y por las elites políticas latinoamericanas en particular. Se trata de una obra que combina múltiples estrategias de análisis y moviliza una diversidad de fuentes digna de mención. En efecto, revisa la bibliografía clásica sobre los políticos desde la antigua Grecia hasta las democracias contemporáneas, presenta datos cuantitativos del notable acervo de encuestas a más de 1.500 diputados latinoamericanos entre 1994 y 2011 recogido por el autor y su equipo de trabajo en el *Proyecto de Elites Parlamentarias Latinoamericanas* (PELA) y sistematiza trayectorias de 18 políticos de la región. Esta amplitud de fuentes incluye también la literatura –con largas reflexiones a partir de *El Quijote*, o las memorias políticas de Mario Vargas Llosa–, las (auto)biografías de dirigentes, los medios de prensa y los debates parlamentarios (españoles), así como una profusa y actualizada bibliografía del mundo anglosajón e ibérico.

El libro ofrece una definición cuidadosa y ampliada del político profesional, y explora las distintas maneras de ingresar, mantenerse y salir de la actividad política. Con el explícito y saludable propósito de descentrar a la ciencia política del neoinstitucionalismo y las teorías de la elección racional, Alcántara se propone habilitar abordajes interdisciplinarios, que nutran a los politólogos de los hallazgos de disciplinas vecinas y que

permitan introducir elementos como las pasiones, los sentimientos y los temores en la comprensión del oficio de político. Llama la atención, sin embargo, que esta búsqueda de interdisciplinariedad se incline hacia la biología, las neurociencias, la inteligencia artificial y la psicología; dejando a un lado en cambio los desarrollos específicos de la sociología y la antropología políticas, o la propia historia de la profesionalización política.

Con el objetivo de estudiar carreras típicas y comprender a la vez hasta qué punto la política constituye una profesión singular, el alcance de este libro es muy amplio, así como las pistas que deja abiertas y las tensiones que sólo explora en parte. En efecto, el autor insinúa numerosos problemas que acechan a las definiciones y criterios de recorte, pero no se detiene demasiado en sus matices. La obra se estructura en 5 capítulos que van de lo más general a lo más particular, encadenando desde las grandes reflexiones sobre los políticos y sus atributos hasta las características particulares de ciertos dirigentes en América Latina.

En el primer capítulo se repasan los textos canónicos de la ciencia política y la literatura de los “espejos de príncipes”. El lector asiste a un apasionante recorrido por las *Vidas Paralelas* de Plutarco y *De Officiis* de Cicerón, así como las múltiples obras que reúnen consejos para los príncipes en los siglos XV y XVI, entre los que se destaca naturalmente Maquiavelo pero también están presentes Guicciardini, Tomás Moro, Erasmo y ciertos exponentes españoles. Este repaso comprende también las posturas de los contractualistas, para llegar a los padres de la teoría de las elites –Michels, Mosca, Pareto, Wright Mills– y luego la tradición weberiana. Al final del capítulo se opera un salto hacia “el componente mental y orgánico del animal político” que intenta dar cuenta de las características genéticas de los individuos que se dedican a la política.

El segundo capítulo presenta por un lado una definición de los políticos, y por otro se concentra en su carrera. El autor nos dice que un político es quien “hace” política y quien “siente” la política, tiene una determinada identidad que, advierte, no necesariamente es constante a lo largo de la vida. Pero fundamentalmente puede definírsele a partir del lugar en el que se desempeña: un político es “aquella persona que imperativamente se ubica en alguna de las cuatro arenas siguientes: cargos de elección popular; altos cargos de libre designación o de confianza de la administración del estado o entidades dependientes o autónomas del estado; puestos de responsabilidad orgánica y de asesoría en el seno de los partidos políticos o formaciones políticas de representación similares; y, por último, quienes habiendo estado en una de las tres situaciones recién descritas continúan ejerciendo influencia mediante un ‘efecto sombra’ por su prestigio pretérito” (p. 83-84). A estos políticos electos, designados, de organizaciones “de retaguardia” (fundaciones partidarias, militantes rentados) y ex presidentes, ministros o legisladores que siguen teniendo peso sobre la escena política de su país, el autor

sumará otros más controversiales: políticos “espurios” (que no suelen considerarse como tales, pero lo son en cierta medida por sus tipos de nombramiento y las solidaridades que abrigan), que van desde los jueces de la Corte Suprema hasta los jefes de policía. Las múltiples dificultades que esta definición inaugura no son desdeñables, y el texto ganaría más explorándolas. Sin embargo, su virtud es mostrar que no sólo –ni mayoritariamente– se deviene político por la vía de elecciones y que existe una segmentación del trabajo político. Este capítulo se detiene también en las razones para ser político, aunque no parecen ser específicas de esta profesión: ambición (que el autor divide en “positiva” o “negativa”), vocación, socialización y “razones existenciales más complejas” que incluyen la imaginación, el compromiso y el goce. También modeliza las vías de entrada en política, el desarrollo de la carrera y los caminos de salida. Quizás por la disponibilidad de estudios al respecto, el texto se concentra principalmente en el primer tipo de políticos señalados, es decir, los que ocupan cargos electivos.

El capítulo tres está dedicado al carácter profesional de la política, que se apoya por un lado en el desempeño de esta actividad de forma habitual y por otro en la obtención de una remuneración, de la cual se vive, por la realización de esta tarea. Se ofrecen dos conjuntos de explicaciones al proceso de profesionalización de la política, que resaltan rasgos notoriamente diferentes. En el primero se destacan: 1) la existencia de personas con ambición, 2) el desarrollo de instituciones, y 3) la apatía general ciudadana para intervenir en lo público (p. 135). El segundo conjunto de explicaciones subraya un proceso histórico más amplio y deposita menos peso en las individualidades: la profesionalización de la política sería el resultado de 1) una esfera pública cada vez más amplia y con más temas por resolver, 2) la apertura de la política hacia nuevos grupos sociales generada por la creciente democratización (con la llegada, por ejemplo, de personal político obrero), y 3) las progresivas exigencias de tiempo y dedicación exclusiva a la actividad política que instalaron la necesidad de garantizar una remuneración a esta tarea (p. 150). El capítulo muestra con holgura el carácter singular de la profesión política, que requiere de muy diversas competencias, en la que se tiene escaso control en la planificación de la carrera, donde los medios de comunicación juegan un rol determinante y la rendición de cuentas ocupa un lugar ambiguo. Alcántara rastrea las críticas a la idea de profesión política, incluso de sus propios miembros que tienden a rechazar esta etiqueta, y se detiene brevemente en el auge de los “anti-candidatos” y los discursos anti-política. Finalmente, se presenta el tema que servirá de base al capítulo siguiente, la formación de los políticos. El texto es vacilante en este punto: por un lado se lamenta la “poca formación” de los políticos (en algunos casos son autodidactas, en la mayoría “no saben idiomas”) pero por otro rechaza la concepción tecnocrática de la política. Al interrogarse sobre las competencias que despliega el político las divide según su carácter estático (el talento) o su carácter dinámico (la formación). Si la formación universitaria y los diversos cursos que pueden tomar los políticos –de comunicación, de planificación de políticas públicas, de idiomas, etc.– muestran claramente su faz dinámica, no queda

claro en qué sentido el autor atribuye a los múltiples “talentos” un carácter estático o “estrictamente biológico” (p. 173). ¿No son acaso también dinámicos estos aprendizajes más sutiles de la negociación, la persuasión, la generación de confianza, la búsqueda de compromisos o el autocontrol? La insistencia en el carácter individual e incluso “innato” borra todos los procesos sociales de transmisión e iniciación en el mundo de la política, en los que se atraviesan pruebas, se incorporan códigos, valores y jerarquías, y se aprenden cierto tipo de prácticas. Lejos de un carácter atemporal o estático, estas competencias y su valorización son profundamente históricos. El propio autor lo dirá más adelante: algunas competencias son útiles en ciertos contextos culturales y espacios políticos pero no en otros. Podemos agregar que también lo son en ciertos momentos históricos y no en otros: la flexibilidad ideológica y el pragmatismo, por ejemplo, pueden ser denostados en un momento dado y ampliamente valorados en otro.

Bajo la consigna “no hay buena política sin buenos políticos” (p. 188), el cuarto capítulo se ocupa de la rendición de cuentas y ofrece un problemático modelo para medir la calidad de los políticos. Se detiene en la importancia de la rendición de cuentas y su aplicación deficitaria tanto para políticos –que a menudo pueden eludirla, cambiando reglas o apoyándose en sus relaciones y solidaridades de grupo– como para los tecnócratas –que ven sus decisiones justificadas y a veces eximidas de control gracias a una reputada híper especialización. Los medios de comunicación, que también ganan espacio como transmisores de la agenda gubernamental y espacios de rendición de cuentas, también albergan peligros para el juego democrático en tanto se trata de grupos cada vez más grandes e influyentes, particularmente efectivos a la hora de hacer *lobby* en el nivel nacional e internacional. En lo que refiere a la “calidad”, el autor nos advierte primero que la gente tiene visiones muy diferentes de lo que es un buen político (p. 206), pero después intenta reducir esa multiplicidad a un conjunto de predictores universales. El planteo gana en complejidad al subrayar las demandas contradictorias que pesan sobre los políticos (“que sean expertos pero que a la vez sean simpáticos, que representen los anhelos y los intereses de la gente sabiendo que a veces son contradictorios, que sean representantes del interés general pero a la vez que enfatizen las demandas del grupo directo a quienes primariamente representan...”, p. 230), al recordarnos que su crecimiento se dirime tanto en el seno del partido como frente al electorado, al insinuar que las características que tiene que tener un buen político para ganar elecciones o para ejercer su poder pueden ser distintas. No obstante, en su propuesta el político profesional “de calidad” tiene que realizar la actividad a tiempo completo, poseer el mayor talento relevante posible y tener una vasta experiencia (un *cursus honorum* que no se agota en la trayectoria política sino también en la actividad de voluntariado o la vida laboral en la empresa privada). Por talento relevante, el autor entiende: 1) dotes personales innatas vinculadas con el fenotipo, cuya máxima expresión es la inteligencia, 2) dotes adquiridas, donde se destaca la educación formal y su máxima expresión es un título de postgrado, y 3) dotes mixtas que (ahora sí) pueden ser mejoradas con el

entrenamiento, como el autocontrol, el manejo de grupos y la expresión oral. Pero este planteo fuertemente normativo que apela al “sentido común” que aparentemente todos compartirían, o la ciencia política podría sancionar, encuentra rápidamente sus límites, ya que a veces los “mejores” políticos no pueden siquiera llegar al término de su mandato. El problema parece ser moral: las sociedades o los políticos son “malos”. “Un político de calidad de nada sirve si no hay un contexto determinado en que se pueda insertar en combinación venturosa. Hay cientos de ejemplos de políticos fracasados o incluso que terminaron en el mayor de los desastres y que sin embargo contaban con creces con el listado de condiciones que aquí se recoge” (p. 226). Entre los políticos que poseían estas notables cualidades personales y sin embargo no terminaron su mandato el autor evoca a Fernando de la Rúa. El problema, naturalmente, no parecen ser las excepciones sino el propio sentido de la pregunta y la respuesta con una definición profesionalista y universal de lo que deben ser los políticos, desanclada de contextos históricos, relaciones de poder y realidades políticas espacialmente situadas.

El quinto capítulo presenta las trayectorias de 18 políticos en América Latina desde principios del siglo XX hasta la actualidad. Con un recorte operado de forma amplia y “parcialmente subjetiva”, se muestra la gran diversidad de carreras políticas en la región, los perfiles que marcaron el pasado siglo y los procesos históricos en los que se enmarcaron. Desde militares fundando partidos socialistas hasta grandes líderes populistas con carreras interrumpidas por sucesivos golpes; desde médicos hasta economistas o referentes estudiantiles; desde cuadros liberales hasta militantes revolucionarios. Frente a esta gran diversidad, el capítulo subraya la pertenencia a familias políticas, la participación política temprana y sobre todo las extensas y muchas veces sinuosas carreras que ponen en juego competencias y capitales disímiles.

En suma, el lector se encontrará con un libro estimulante y polémico, fruto de una larga trayectoria de trabajo que asegura un conocimiento profundo sobre la profesión política. Constituye, en este sentido, una referencia ineludible y una invitación al diálogo con todos los que reflexionan sobre políticos y partidos en América Latina.